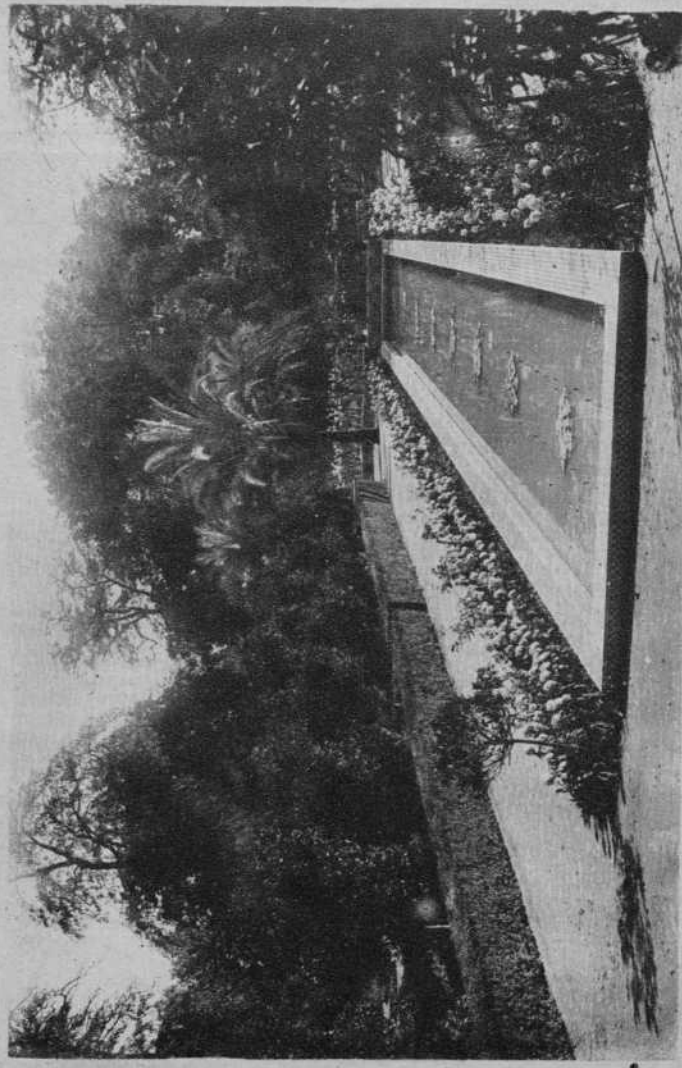
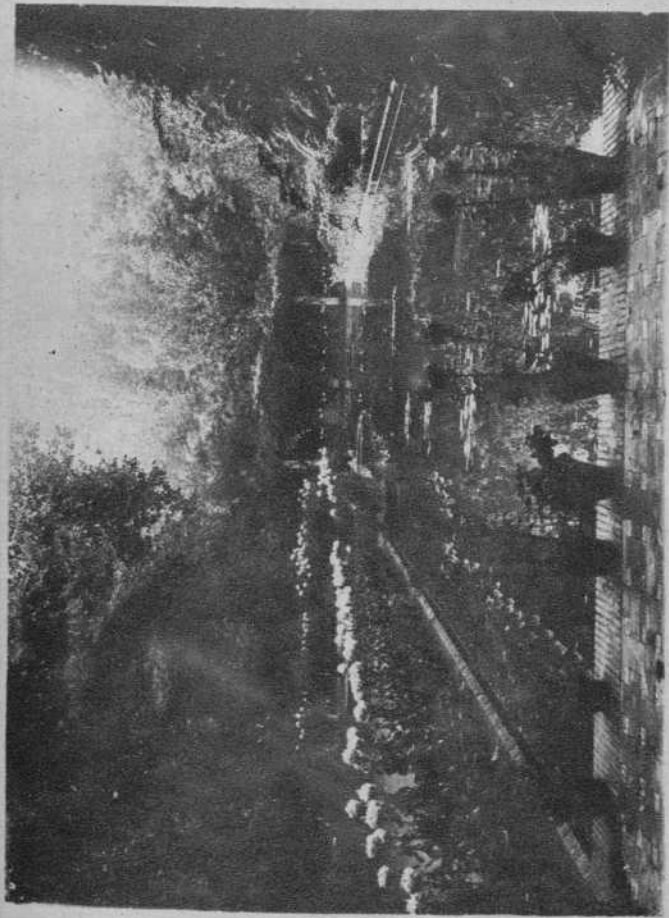


Jardines de España

Los jardines de Sevilla consisten en una delicia para el visitante. En ellos se condensan la naturaleza, pródiga en bellezas de la riente Andalucía.



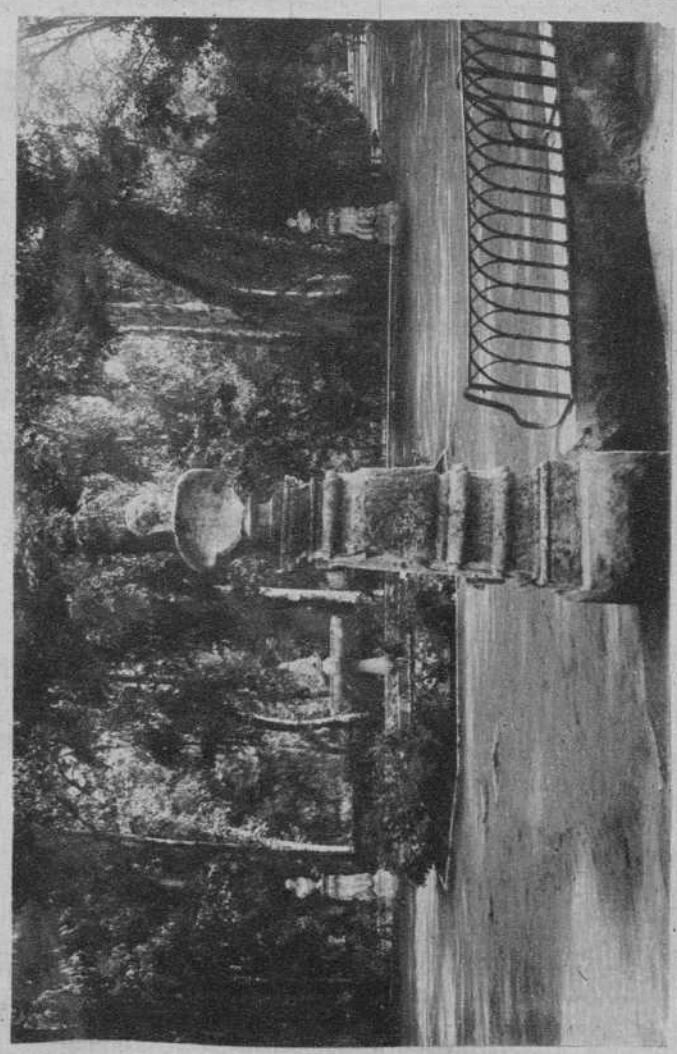
La alberca del Parque de María Luisa.



Un rincón del Parque de María Luisa.



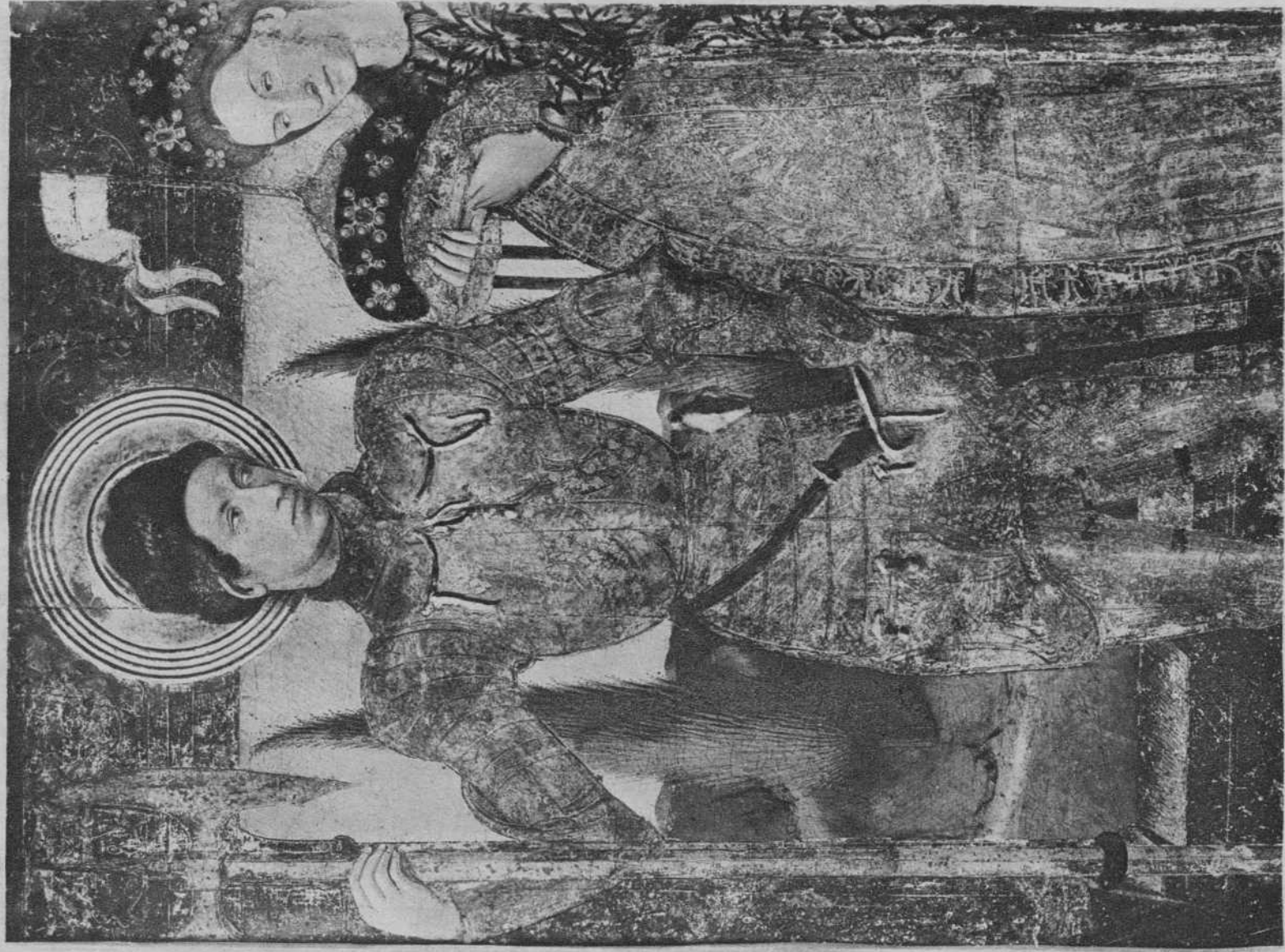
Los jardines de San Telmo.



NUM
101

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Día Gráfico

MARZO
18
1928



San Jorge, joya del arte gótico del siglo XV.
de Jaime Huguet en el Museo de la Ciudadela.

PAGINAS INFANTILES

HISTORIA NATURAL

EL CANGURO

Existen gran variedad de esta especie de mamíferos, pertenecientes a la familia de los marsupiales.

El canguro, que existe en casi todos los parques zoológicos medianamente organizados, es fácil de aclimatar, reproduciéndose sin inconvenientes en la cautividad. Lo extraña de su figura y de sus movimientos, atrae siempre la atención de grandes y chicos.

Lo más curioso del canguro es la enorme desproporción entre su cuarto trasero, que parece pertenecer a un animal mucho más grande, y la parte anterior del cuerpo, relativamente pequeña. Su cabeza, recuerda por su aspecto a la del conejo o la liebre; sus extremidades anteriores, que son bastante cortas, tienen cinco dedos armados de uñas muy afiladas y las posteriores extraordinariamente largas, llevan en la mayor parte de las especies cuatro dedos solamente, completamente pegados uno a otro, de modo que semejan un solo dedo con dos uñas. Cuando el canguro está parado, las más de las veces se sostiene erguido como encima de un tripede, sobre estos enormes pies posteriores y la cola, que es también larga, gruesa y fuerte.

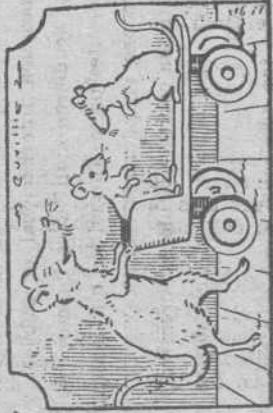
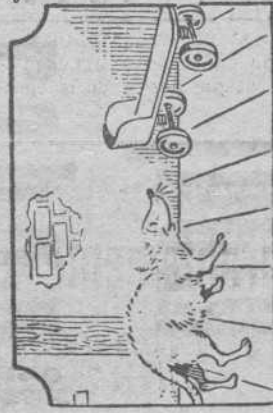
El nombre científico de estos extraños animales es «Macropus», que lleva un género típico, y que significa «pie grande». Los canguros, cuando apresuran el paso, avanzan mediante una serie de saltos, con las manos recogidas, aunque cuando están tranquilos andan a cuatro pasos, avanzando a la vez las dos extremidades anteriores y luego las dos posteriores.

Hay muchos géneros de canguros, cuyas especies varían mucho de tamaño, habiendo ejemplares que apenas abultan más que una rata y otros que, cuando están erguidos, tienen la talla de un hombre; algunos de éstos, que habitan en la parte oriental de Australia, son de color leonado rojizo, exudando además por el cuello una especie de polvillo encarnado que da más viveza a su pelaje.

El canguro gigante, descubierto por Cook en su primer viaje explorador al corazón de Australia, es una de las especies más comunes. La cabeza y el cuerpo reunidos, miden cerca de metro y medio y la cola pasa de noventa centímetros; su pelaje es corto, algo lanoso y de un color gris pardo casi blanco en las extremidades y con la cola negra.

Habita, generalmente, en los terrenos abiertos, sembrados de bosquecillos, y vive

EL PATIN ABANDONADO



Cómo una mamá cariñosa distrae a sus pequeñuelos

formando agrupaciones de treinta o más individuos: durante el día lo pasan tumbados, durmiendo o rascándose y al caer de la tarde y durante la noche se juntan a pastar, constituyendo su principal alimento la hierba y los brotes tiernos, ocasionando bastantes daños a los cultivos.

La timidez de estos animales es extraordinaria; el ruido del trueno, los enloquece, huyendo aterrizados y dando saltos tremendos.

En la época del celo, los canguros machos entablan tremendas luchas, sosteniendo terribles golpes con ambas patas posteriores, sosteniéndose sobre su robusta cola.

El tamaño de un canguro al nacer, no es mayor que una ratita; durante un par de meses permanece en la bolsa de la madre agarrado a la teta; a los cuatro meses el pequeñuelo salta al lado de la madre, pero vuelve a meterse de un momento a la bolsa al menor asomo de peligro. En el mes de diciembre, en pleno estío austral, los canguros jóvenes abandonan el refugio natural y se separan de sus madres para formar una nueva banda.

Los colonos de Australia son muy aficionados a la caza de estos mamíferos para procurarse su piel y la carne de la cola, que da un excelente y nutritivo alimento. Hábiles jinetes gustan por sport, de perseguir a caballo y con perros a los canguros.

B. S. N.

ROMPECABEZAS



María, con el temporal, ha perdido el pañuelo que llevaba y sus dos perros. ¿Queréis ver si los halláis vosotros?



—Nunca se debe tomar el mayor, Pepto.

Seis meses después, contraían matrimonio.

¿Para qué relaciones largas? Eso queda para los pobres enamorados peseta por peseta, los tres o cuatrocientos duros que cuesta un mobiliario modestísimo. Pero ellos lo tenían ya todo adquirido y, además, no eran modestos sus caudales.

La señora de Guayta estaba bellísima, para don Casimiro, con su traje blanco, de seda y gasa. Una corona de azahar rodeaba su frente, se le aparecía como una diosa, nimbadada por el resplandor blanco de sus gasas y tules. No era muy alta; pero a él le gustaba así. Al salir de la iglesia, aquella pareja de recién casados, los alumnos celebraron alborozo la nueva. En sus alegrías, acaso hubiera también un poco de burla.

Pero los ojos miopes de don Casimiro no podían distinguir la burla de la alegría, y agradeció la espontánea satisfacción de sus alumnos. Mentalmente, se dijo que no suspondría a ninguno aquel curso.

Los recién esposados, después de la ceremonia religiosa y del banquete en el restaurante, salieron rumbo a distintos países de Europa, especialmente hacia Alemania. Don Casimiro quería explicar a su esposa, sobre el terreno, de donde vino la dominación bárbara.

La vida de los esposos transcurrió plácidamente.

Don Casimiro cada vez estaba más enamorado de su señora y cada día encontraba en ella nuevos encantos que alabar.

Muchas veces, a solas con su pensamiento, decaía que tanta ventura no podía ser. A sus cuarenta años, había encontrado una compañera bellísima, joven, de hermosa presencia. Indudablemente, las mujeres ya no se prendaban sólamente de los pollos elegantes y de los cadetes orgullosos de su uniforme. Había un poco más de sentido en las mujeres de hoy día, que no desdeñaban a los catrónicos enlutados, serios e incapaces de madrigales.

Ella, por su parte, estaba satisfichísima de haber contraído matrimonio con un hombre tan culto, que sabía tantas cosas de los años muertos, de los pueblos hundidos, de las viejas cosas apergaminadas en la Historia.

Un día, compraron un pájaro: era un grilero cantarín. Don Casimiro le daba de comer y contemplaba con sus ojillos miopes la alegría de la avecilla al verle: saltaba el pajarín, brincaba alegremente y paba con tal alborozo que, a no tener la seguridad de su contento, hubiese ju-

rado don Casimiro que eran alaridos de terror.

En el Instituto todo marchaba igual. En el nuevo curso, el culto catedrático hacía entre su alumnos dos distingos: había un alumno que era la bondad personificada y otro que era el mismo Judas en persona. Don Casimiro, mientras dispensaba al bueno toda clase de encomiastenta para el malo justas censuras.

Cuando el malo salía de los bancos para explicar sus lecciones, don Casimiro, ante sus titubeos, le increpaba:

—¡Vaya, vaya! Con que tampoco sabemos la lección hoy, ¿he? Bueno, bueno... ¡Vaya con el señor Martínez! Debiera usted tomar ejemplo del señor López, tan aplicado siempre... ¡A ver, señor López: dígame al señor Martínez a que se dedicaban con preferencia los árabes durante el Califato... Pero no, no hace falta. ¡Vé usted, hombre de Dios—deca encarándose con el alumno señor Martínez—lo que son los buenos estudiantes?... Pero todo tiene su castigo en este mundo... El día de mañana, cuando usted sea un hombre, ¿con qué cara se presentará ante el mundo, ignorando el proceso histórico de los pueblos nómadas o el resultado económico de las Cruzadas... Vaya, vaya usted a su sitio, señor Martínez...

Y el alumno regresaba a su lugar con lágrimas en los ojos.

Un día, rebuscando entre sus viejas ropas, dió con los lentes. Estaban en un bolsillo de un antiguo sobretodo, el mismo que llevara cuando le festejaron con un banquete por su galardón.

Los recogió con cierta tristeza y con un injustificado temor.

Luego la sorpresa fué para él. Su señora, vista con los lentes, era horriblemente fea, desgarrada; su rostro aparecía cubierto por abundancias capilares, que tenían su mayor incremento entre las narices y el labio superior. Aquella aureola con que antes la viera rodeada, ya no existía.

Fué esta su primera y más profunda desilusión.

A la hora de dar la comida al pajarín notó con amargura que los saltos no eran de júbilo sino de temor y el piar júbilo era desespero en vez de alegría.

A la mañana siguiente, acudió al Instituto con sus lentes. Rebuscó entre la lista y llamó al señor Martínez: —Señor Martínez: díganos la lección.

Y quedó el culto catedrático en espera de acontecimientos. El alumno, con asombro del profesor, explicó el tema con toda perfección, sin un titubeo, con visible alegría en el ros-

tro y un afán de apurar el tema íntegramente.

Don Casimiro, extrañado, manifestó:

—Bien, bien; va usted progresando. Así me gusta... Vaya a su sitio, hijo mío; vaya a su sitio.—A ver, ahora el señor López: Díganos el resto. Pero de pronto se quedó mudo y desconcertado, sin decir una palabra.

Muy extrañado, don Casimiro pretendió ayudarlo. Pero todo fué en vano. Entonces, rió al alumno:

—Esto ocurre cuando uno se confía a las personas que no son dignas de nuestra confianza. ¿Por qué no ha estudiado hoy, siendo los demás días tan aplicado... Ahora es usted el que debe tomar ejemplo del señor Martínez antes tan desapicado y ahora...

El alumno señor Martínez no le dejó concluir. Avanzó hacia la pizarra y dijo en su descargo.

—El señor Profesor me dispensará; pero yo he sido siempre lo mismo de aplicado. Lo que ocurría es que, como el señor Profesor no llevaba lentes, nos ha confundido...

Cuando don Casimiro Guayta, llegó a su casa, lo primero que hizo fué liberrar al pajarín; le abrió la jaula y el avecilla salió con un vuelo rauda, entonando un piar lleno de júbilo alegre.

Y sin saber ciertamente por qué, sintió una gran envidia de aquel ser pequeño que regresaba a la libertad. ¡Ay, él hubiera dado algo muy valioso por regresar a la suya, también!

Pero ya no era posible. Entonces, descabalgó sus lentes de la nariz borbónica y los arrojó por el balcón:

—¿Qué haces?—le dijo su esposa. —Nada—respondió él—Arrojé los de mí estas gafas endiabladas... Libertarme de la verdad. Así, como así, muchas veces es preferible vivir engañado...

Luego rodeó a su esposa por el tallo y la condujo al comedor. Por el pasillo, la besó en la nuca; luego en la frente; finalmente, sobre el labio superior.

Los besos le supieron como antes.



PEQUEÑAS NARRACIONES

El gabán del muerto

Hace ya muchos años. Yo no era más que un pobre bohemio. Con las botas rotas pessegua atámoste por los inmensos y tristes errales de la vida la esplendorosa y magnífica mariposa de la gloria. Aún no había conseguido que la «Chelito» me estranase el famoso cuplé picresco «Toca la flauta, Bartoloiz», que había de abríme de par en par, unos meses más tarde, las pesadas puertas de oro del soberbio palacio de la fama, cuyos goznes, en vez de chirriar, suenan como trompetazos.

Yo vivía entonces de cualquier manera. Había alquilado una modesta alcaoba en la Posada de Barcelona, en la típica calle de Jardines, sólo para dormir, y convivido con la dueña en 'me pagaría a diario el módico alquiler de la misma. («¿Cannas personales con colchón de lana y dos mantas de ídem, a 125!»).

Pero yo era tan pobre (todos los grandes hombres hemos tenido una juventud azarosa, salvo casos excepcionales), que las más de las noches no podía ir a acostarme por no haber conseguido reunir durante todo el santo día de Dios los míseros chelines reales que debía pagar por el alquiler de la cama.

Cuando esto me sucedía, pernoctaba en uno de los rojos divanes del Café Colonial, en el turno de Marcelino, simpático y hercúleo camarero asturiano, que me fibaba. Claro que allí no dormía, pero discutía a gritos con otros bohemios.

Era «tambien» invierno. (Las cosas más horribles nos pasan siempre en invierno!)... Y, una de aquellas noches trágicas, en que yo, por no tener a la cama, me había refugiado en el citado Café, otro bohemio de la tertulia, aunque no misero como yo, sino poeta ultrarista, tuvo la amabilidad de regalarme, dedicado cortialmente, un ejemplar de su primer libro de versos, recién publicado.

Usted, señor, creará de seguro... ¿lo leí?

Yo no leo la poesía en los libros. La leo en todas partes, menos en los libros. La poesía, señor, está muerta en los libros: los libros son para ella como ataudes. La poesía, que a mí me encantaba, es la que «vive» fuera de los libros: en la luz y en las sombras, en el placer y en la tristeza, en el amor y en el dolor, en la gloria y en el fracaso. ¡En todo, menos en los libros!

¿Qué dirá usted que hice con el ejemplar? Pues lo que hacía con todos los que entonces me regalaban: llevarlo a una librería de lance.

Me pasó, por cierto, una cosa muy graciosa: El librero, del que me había hecho muy

amigo a fuerza de venderle obras dedicadas, no me lo quiso comprar, alegando que los versos «corrientes» no tenían salida, y que los «ultraristas» daban además la «negra»; pero me regaló un soberbio gabán. —¡No está ni pizca de bien—me dijo el pobre, compasivo, al verme a cuerpo—que vaya a cuerpo gentil con el frío tan horrible que hace en los Madriles!

(El buen librero era un madrileño muy castizo). Aquel día, todo me salió bien: «La Triana», una cupletista muy resalada, que creía en mí, me detuvo en la Puerta del Sol, y me invitó a almorzar con ella. De sobremesa, me encargó la música de un cuplé, y me dió a cuenta dos duros.

Yo, con tanto dinero junto, y con gabán encima, era el ser más dichoso del Universo. Como la noche anterior no me había acostado, me retiré tempranito a la Posada. Eché el gabán sobre las mantas, porque hacía un frío horrible, y me metí en la cama.

No tardé en quedarme dormido como un tronco. Pero tuve una pesadilla espantosa, de la que fui víctima toda la noche: ¡Me moría! El librero del gabán y su mujer, una señora gruesa y de rostro encarnado, a la que conocía por haberla visto más de una vez concurriendo a la librería de la trastienda, lloraban a lágrima viva a un lado de mi cama... Y hablaban en voz baja. No obstante, yo les oía perfectamente.

—Encarga el atadé, hija. —Ya está ahí, en el cuarto oscuro. Manda esta tarde que lo traigan, para no perder tiempo. —Pues vamos por él. Así lo hicieron.

Lo dejaron en el suelo, y me acomodaron dentro, en paños menores... (Yo, aunque estaba muy muerto, veía y oía; lo que no podía hacer era moverme ni gritar).

El librero tomó de la percha un gabán —¡mi gabán!— y me lo echó encima. Después, ella y él me llenaron la cara de besos, ensuciándose con sus lágrimas, y por fin, salieron, y cerraron la puerta con llave, dejándome solo en aquel trance tan serio...

¡Figúrese usted, señor, lo que yo sufrí!... ¡Fue una noche terrible, meñito en un atadé siniestro!...

Al despertar, exclamé con el poeta «¡Los sueños, sueños son!» y no concedí al infeliz menor importancia.

Pero... ¡sí, sí! Por la noche, volví a su-

cederme lo propio, exactamente lo propio. Yo empecé a sospechar del gabán. Sin embargo, no creí conveniente culparle demasiado, porque ¿qué hubiera sido de mí sin él, con el frío feroz que hacía?...

Y llegó la tercera noche: ¡Horror! Pues ¿no me ocurrió lo propio? Convenido ya de que aquel maldito gabán tenía la culpa de todo, me lo eché al brazo y corrí a casa del librero.

—¡Tenga usted—le dije—¡no lo quiero!... Y lo arroje sobre el mostrador. El librero echóse a reír: —¡El ¡el ¡el!... ¡Está usted loco!— ¡La mentó compasivo—¡con el...! Yo, entonces, le conté lo que me había ocurrido; mejor dicho, comencé a contarle, pero no acabé, porque el pobre apenas oyó lo de que él y de su obesa señora me metían en el atadé, en paños menores, y me echaban encima el gabán, hubo de agarrarse a un estante para no caerse de la impresión que mis palabras producían en su ánimo; y, pálido como otro muerto, o como un «clown» de circo, púsose a gritar, llamando a su mujer.

Vino esta corriendo, derribando sillas y rimeros de libros. —¿Qué te pasa, hijo?—preguntó a su marido, asustada. —¡Quema eso! ¡Quémalo en seguida!—le ordenó el librero, señalando con un brazo extendido la prenda misteriosa.

A todo esto, yo no hacía más que exclamar: —¡No comprendo! ¡No comprendo!... Pero no tardó el buen librero en sacarme de dudas: —Era el gabán de mi padre, que falleció el año pasado—me explicó nervioso, hablando muy de prisa—. El pobrecito me había suplicado, momentos antes de morir: «Ya sabes, hijo mío, que si... que he sido muy devoto de la Santísima Virgen del Carmen, por lo cual te pido con toda mi alma que, cuando me haya muerto, te lleves de un salto a la calle de Evaristo San Miguel, en la que tienen su residencia los Muy Reverendos Padres Carmelitas, y adquieras un hábito de esa Orden para amortajarme...». Si después de muerto lo metían en el atadé en paños menores, no fue por faltarle al respeto, ni muchísimo menos; fue, sencillamente, porque, si lo hubiéramos vestido, habríamos tenido después necesidad de volver a desnudarlo para amortajarlo a su gusto. ¡Bien lo sabe Dios!... Y por eso yo mismo, por salvar el decoro, le eché encima el gabán... ¡Que la Virgen del Carmen me perdone si no supe obrar en tan grave ocasión con todos los respetos debidos!...

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

España fuera de España

vos, una sola de nuestras celebraciones, se hubiera visto que nuestra música religiosa encierra el germen de toda la evolución gigantesca que se ha realizado en los últimos siglos. Hay en nuestros archivos maravillosas sombras, documentos únicos, preciosidades de incalculable valor. Bien puede asegurarse que, en la Edad Media, ninguna nación nos igualó en cultura musical y en sentimiento netamente artístico.

¿Es que ahora nada tenemos que mostrar a los amantes del arte sublime? Eso no se puede decir cuando en todas partes se reconoce a la música genuinamente española una originalidad, una fuerza emotiva, una inspiración verdaderamente geniales y dantescos, cuando nuestro «folk-lore» maravilloso con su variedad, con su ingeniosidad y polifonía, cuando los «cantos de Barbieri, de Breña, de Chapí, de Albéniz, de Granados, de Falla, son populares en el extranjero y cuando hasta los compositores de segunda fila encuentran con sus tonadillas y las hacen dar la vuelta al planeta; cuando las cadenciosas andaluzas son inconfundibles y en vano quisieron ser imitadas por gentes como Rossini y como Bizet. ¡Habría quién dude que nuestras orquestas Sinfónicas y Filarmónicas, nuestras Bandas Municipales, nuestros coros y nuestros orfeones catalanes, vascos y gallegos, nuestros cuartetos divulgadores de las bellezas musicales y tan perfectos como los de Héro y Corvino y ese asombroso Franco, francés, Oudman y Cassus, hubieran alcanzado en el certamen las más altas y merecidas recompensas?

¿Qué diremos de nuestros violoncelistas, como Casals, Villa, Cassadó, nuestros violinistas eximios, como Marín, Sédano y Ortiz, nuestros pianistas formidables que recorren triunfalmente las grandes capitales de Europa y América, cosechando laureles? Precisamente nos hallamos en días de glorioso resurgimiento. ¡Y todo eso ha quedado oculto! ¡Y los visitantes poco documentados de la exhibición de Francfort han podido creer eso, acaso, que España yace en un atraso musical inconcebible, atenta, anticamante, a sus fiestas de toros y a sus fanatismos e intolerancias!

Es una gran desdicha. No basta valer, es necesario hacerse valer y todo en nuestra patria da la idea de que hay un progreso indudable y rapidísimo de que los estraneros individuales alcanzan la intensidad máxima, pero de que nada se hace para ayudar a esos generosos impulsos y que, si nos sobra individualidad, carecemos, en absoluto, del sentido de la organización y de la disciplina.

(Reproducción reservada)

por Antonio Zozaya

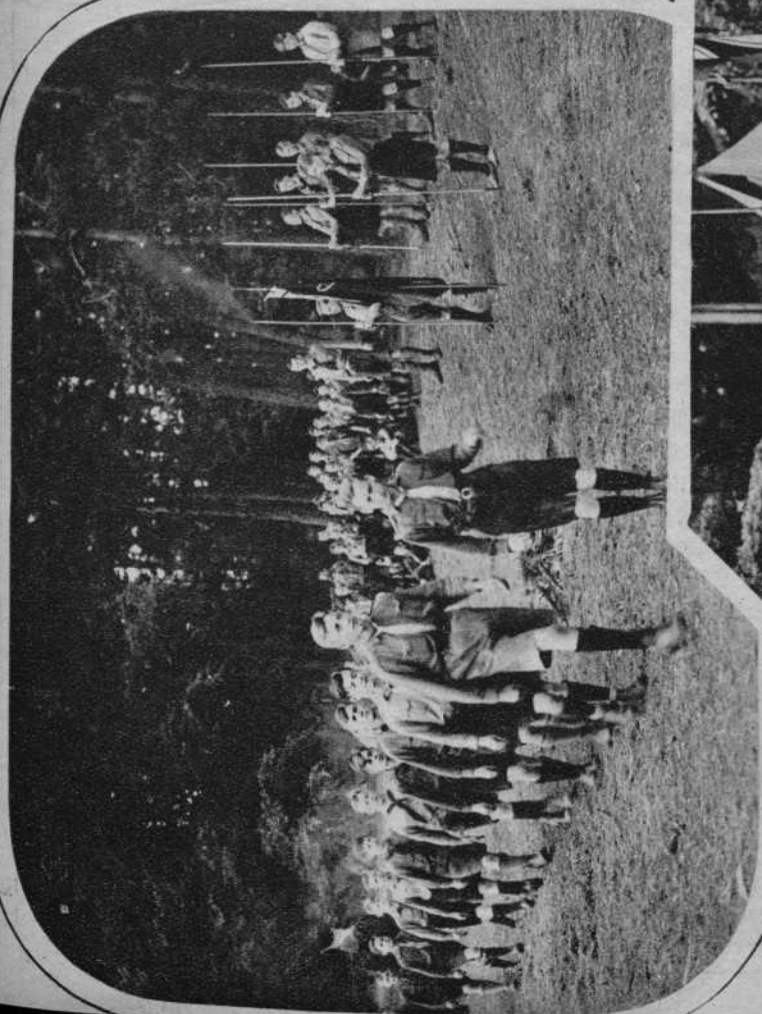
Los viajeros que, en los últimos meses visitaron la bellísima ciudad de Francfort-sur-le-Main, entre los cuales tuvieron la suerte de hallarse dos hijos míos muy queridos, pudieron admirar una de las manifestaciones más espléndidas de la verdadera cultura europea. Tal fue la incomparable Exposición Internacional de Música, a la cual acudieron multitudes inmensas de los diferentes países (un millón quinientos mil personas, en números redondos) y que fué bautizada con este título comprensivo y genérico: «La Música en la vida de las naciones».

Nada tan admirable como este prodigioso certamen. «Se puede decir, sin la menor exageración—se escribió en uno de los diarios alemanes de mayor prestigio—que la sabiduría, la experiencia, la invención, el entusiasmo musical, se han hecho palmarios por aquellos que poseen el raro don de ver las cosas al mirárlas y de percibir, al mismo tiempo, la ínfima esencia de las cosas».

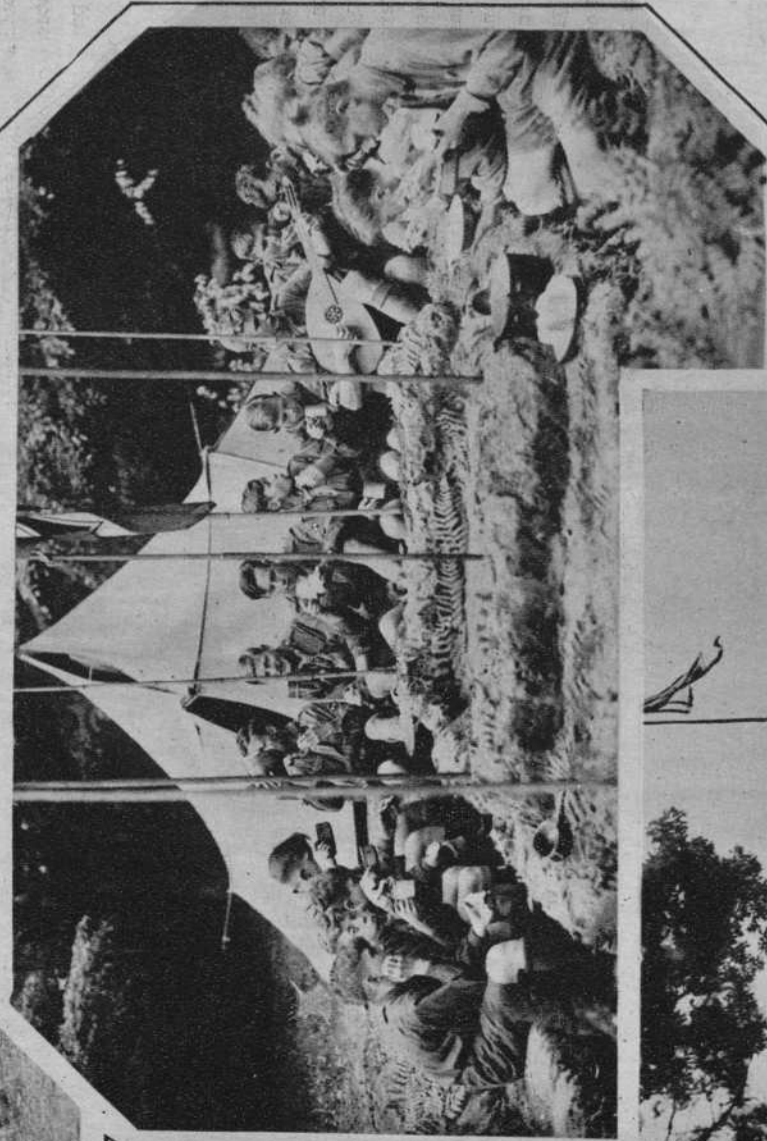
No es esta ocasión de hacer una descripción detallada de la Exposición inolvidable. En ella han podido ser admiradas riquezas únicas en su género. Así, por ejemplo, los objetos presentados por los italianos representaban en su antigüedad a los tiempos anteriores a Jesucristo y, a su lado, los austriacos, colocaron en las vitrinas de sus secciones los más antiguos vestigios de la cultura musical de la Edad Media, a partir del siglo X, de la Era Cristiana.

¿Se comprende lo que habrían sido las secciones alemana, italiana y francesa? Una riqueza incomparable de obras, de instrumentos, de objetos históricos, de documentos irremplazables, han sido admiración y pasmo de los concurrentes al certamen. Y, por otra parte, las más admirables orquestas, los ejecutantes más inspirados, los cantantes más célebres, han dado testimonio del adelanto musical europeo. Polonia, la nueva y trabajadora Polonia, ha hecho un buen papel al lado de Alemania, de Francia, de Italia, de Bélgica, de Hungría, de Holanda, de Suiza, de Austria, de Checoslovaquia. La misma Rusia de los Soviets ha demostrado en la Exposición que merece, por todos conceptos, ser situada entre las naciones de mayor cultura musical y ha llamado la atención con sus compositores, como Dordín y Rimsky, sus orquestas, sus coros y sus originales instrumentos. En cuanto a Polonia, ha merecido elogios por sus anacronismos de Chopin, sus manuscritos de Crecovia de 1515, sus salterios medievales y sus instrumentos montañeses. Todos los pueblos del viejo continente parecen haber puesto empeño en rivalizar en las nobles

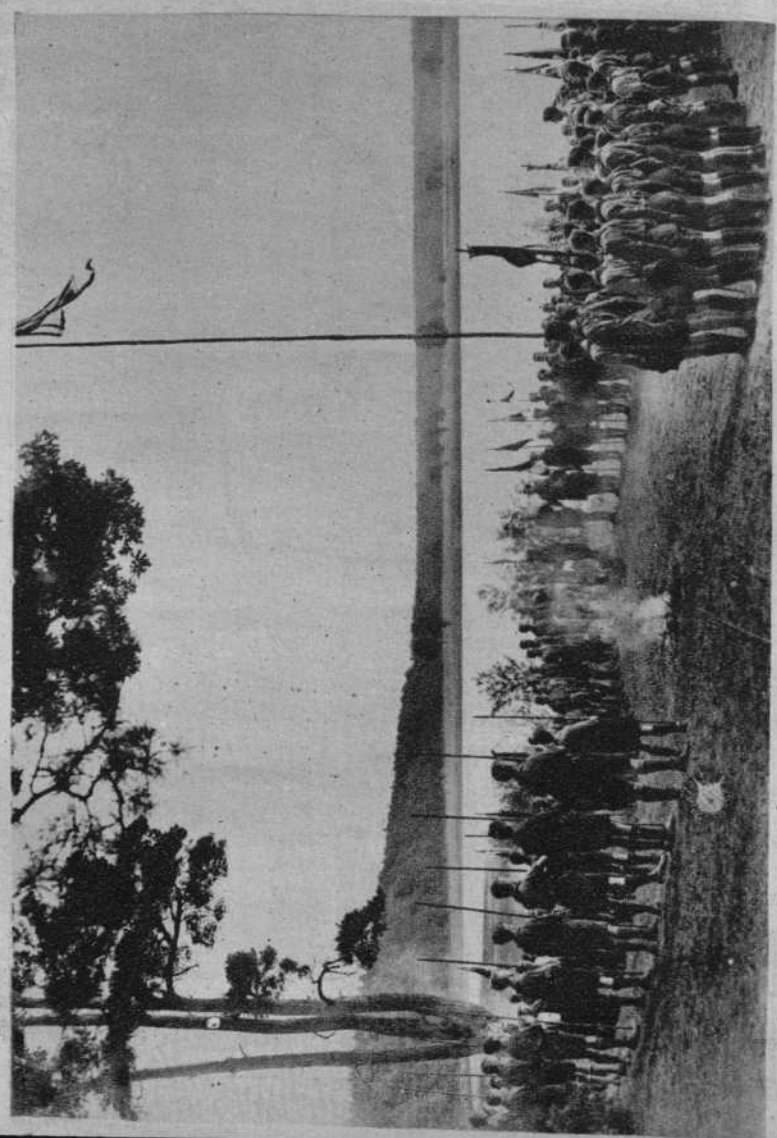
En todo el mundo, la institución de los Exploradores constituye una escuela de disciplina y abnegación. Los exploradores de Alemania, por las características de este pueblo, sobresalen en la posesión de estas cualidades.



Una revista en el Campamento.



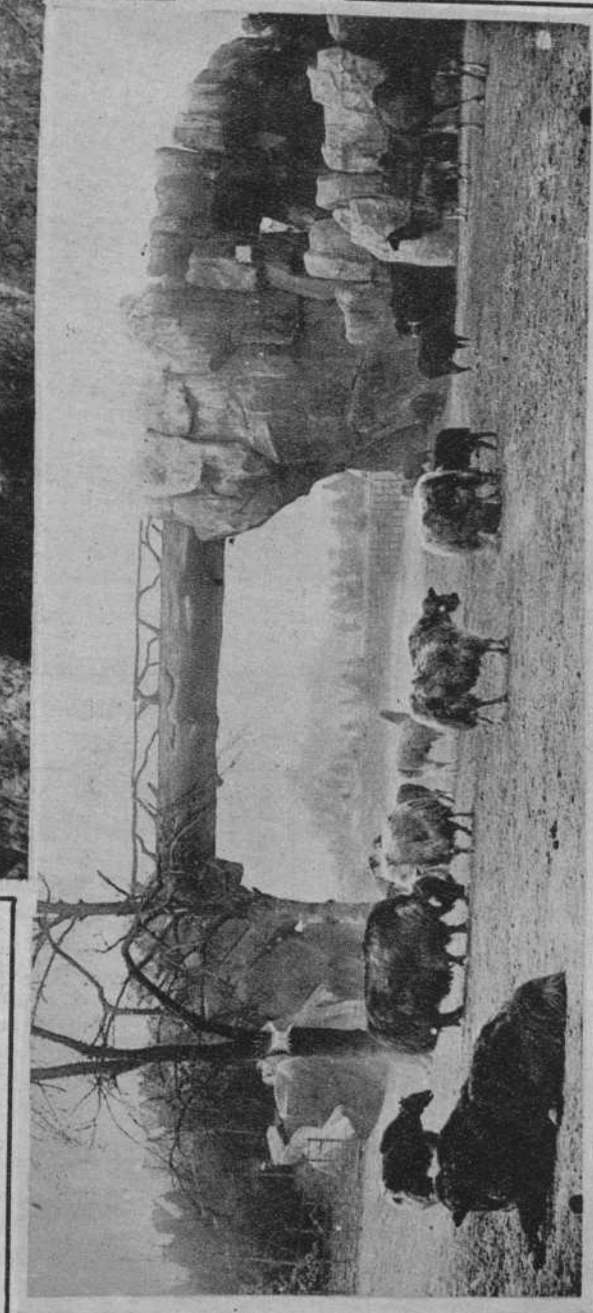
En el comedor improvisado al aire libre.



El saludo solemne a la bandera al ponerse el sol.

EN EL PARQUE ZOO-LÓGICO DE HAMBURGO, -EL MEJOR DEL MUNDO- LOS ANIMALES DISFRUTAN DE UNA RELATIVA LIBERTAD.

Los osos en un ambiente casi po-lar.



El parque de las llamas.



Los animales monteses.

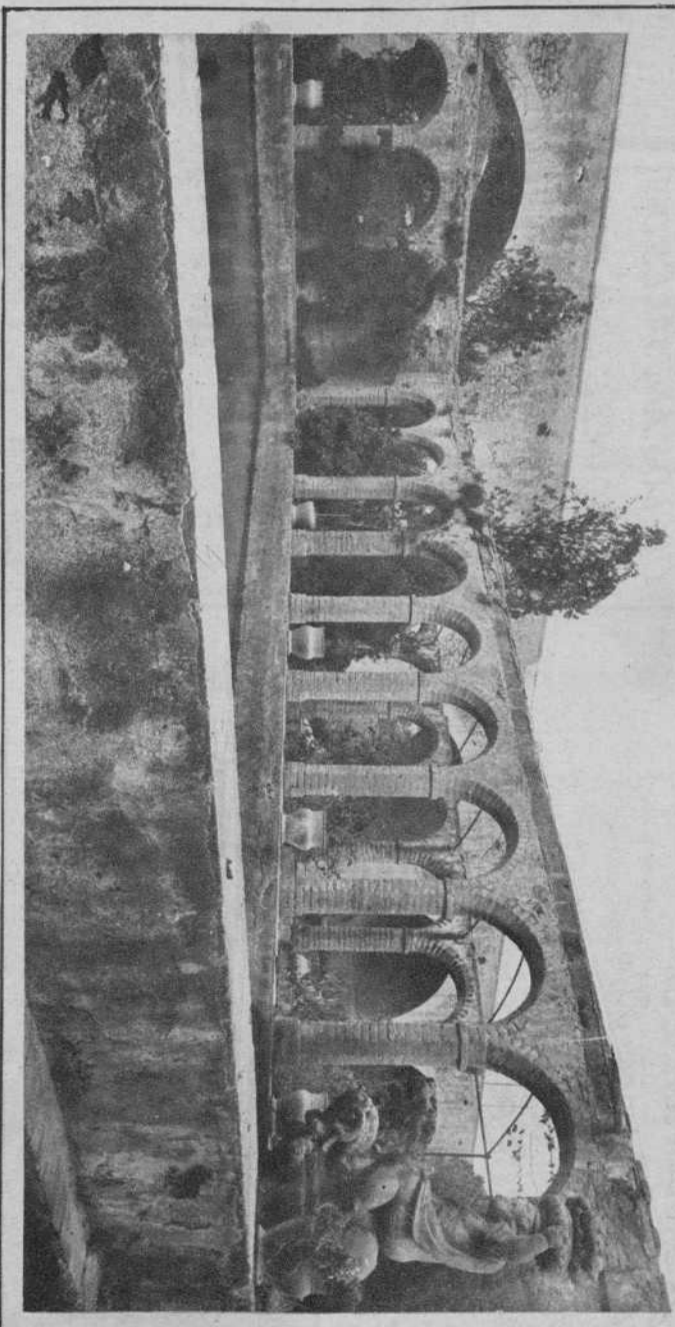
(Fotos Contorcio)

LAS FUENTES Y ALJIBES DEL SIGLO XVIII.

Características de la arquitectura catalana del siglo XVIII, son las fuentes y los aljibes, hipicos y característicos.



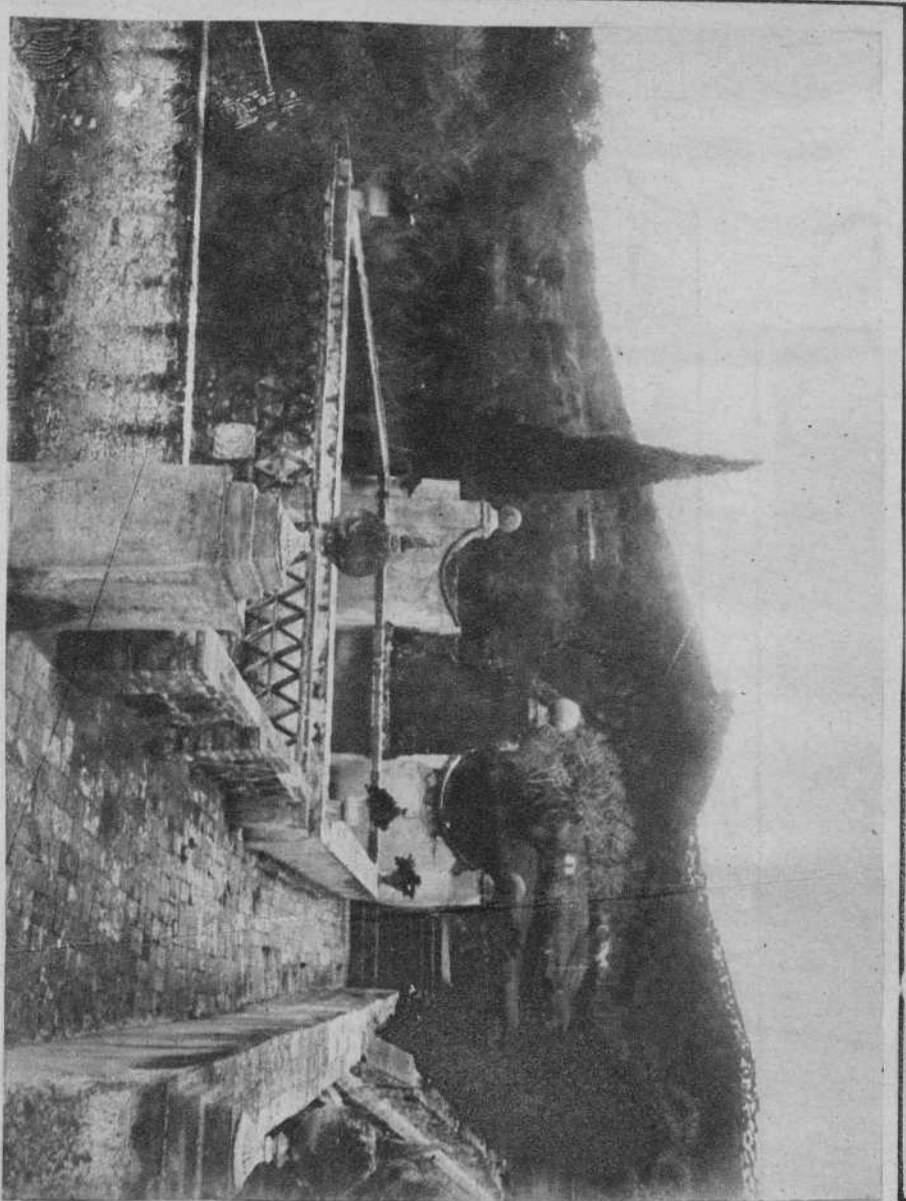
La Fontana en Espiugas.



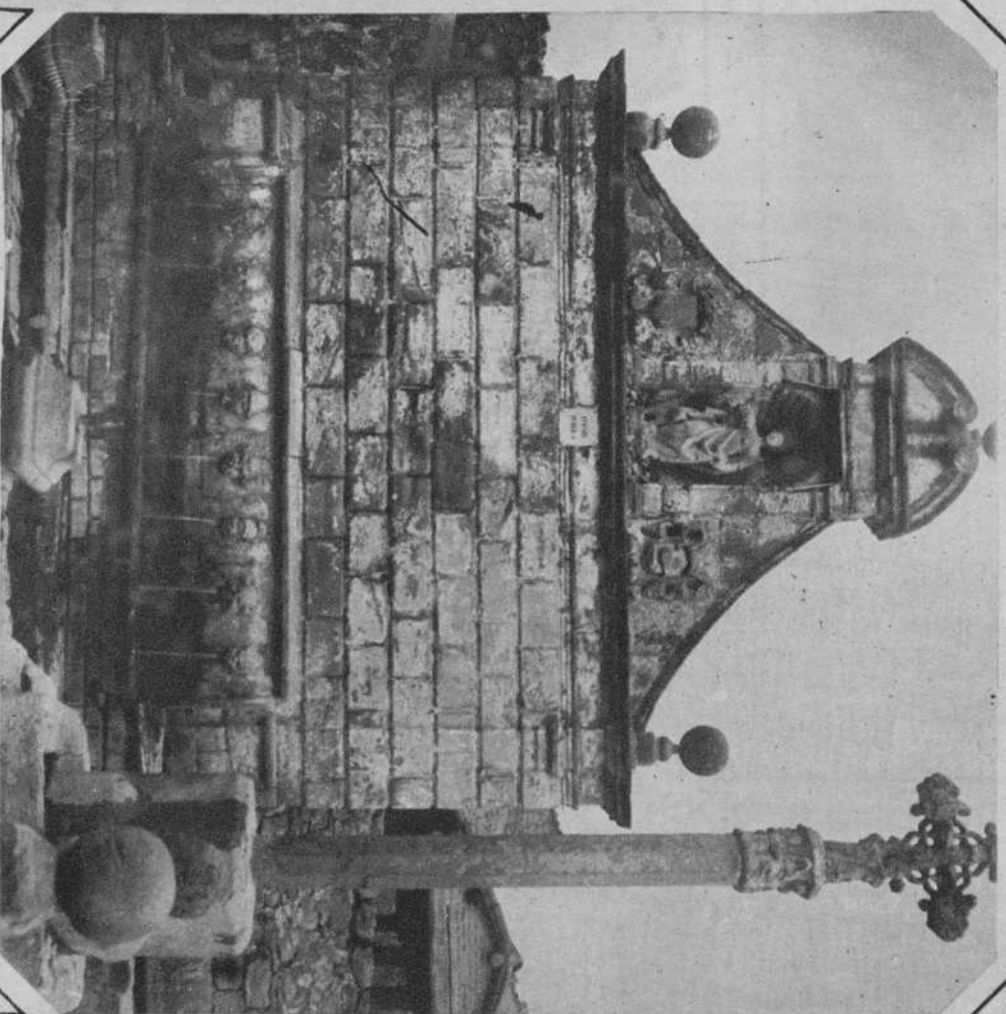
Aljibe de la casa del Barón de Viagaya en Espiugas de Llobregat.



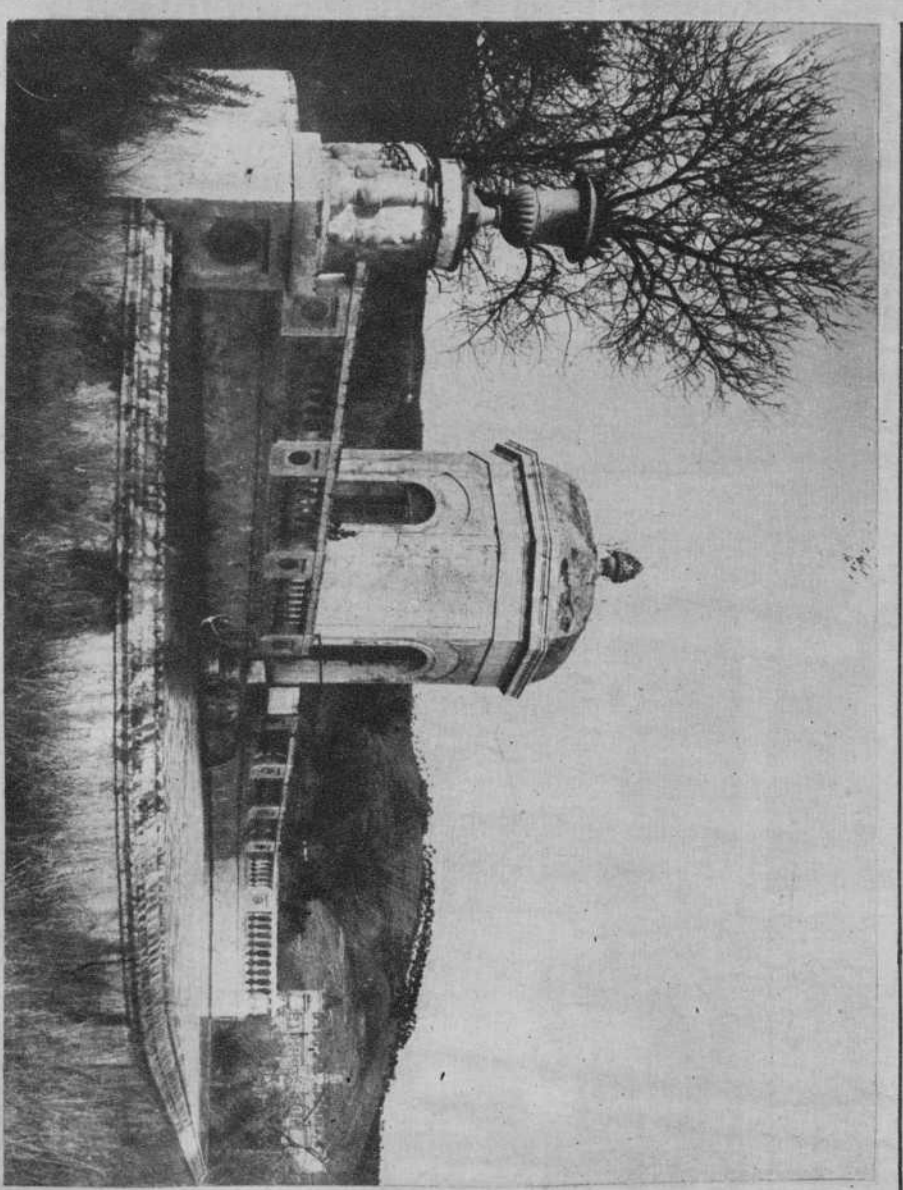
Fuente pública en Vilasar de Dalt.



Aljibe de la Torre Figuerola, en San Genís dels Agudells.



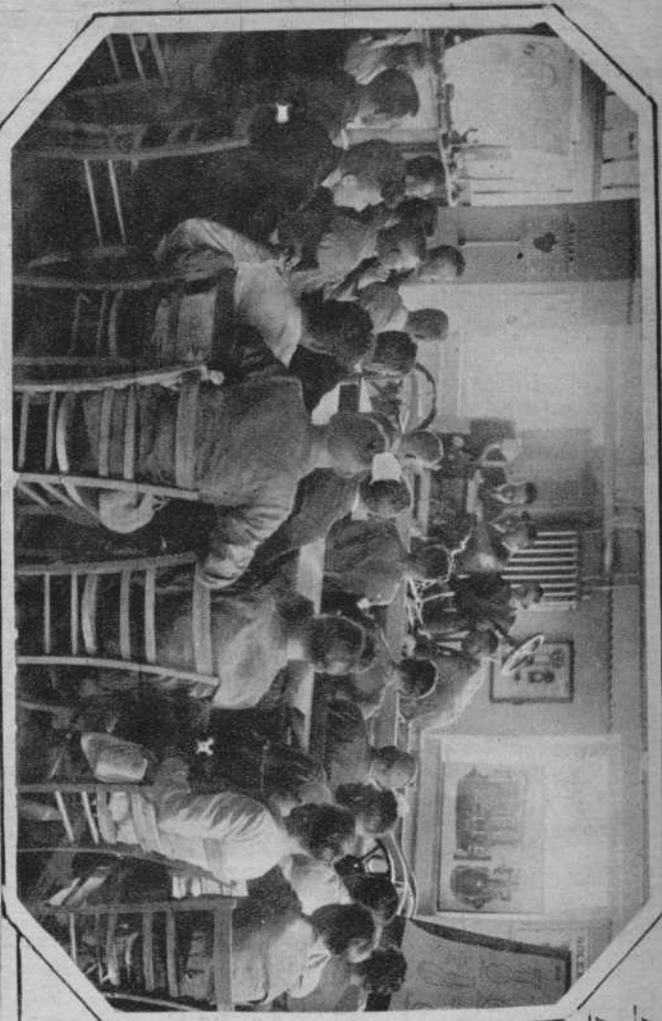
Fuente de los Condes y cruz de término en S^{ta} Coloma de Queralt.



Aljibe de la torre Barlet, de Barcelona.

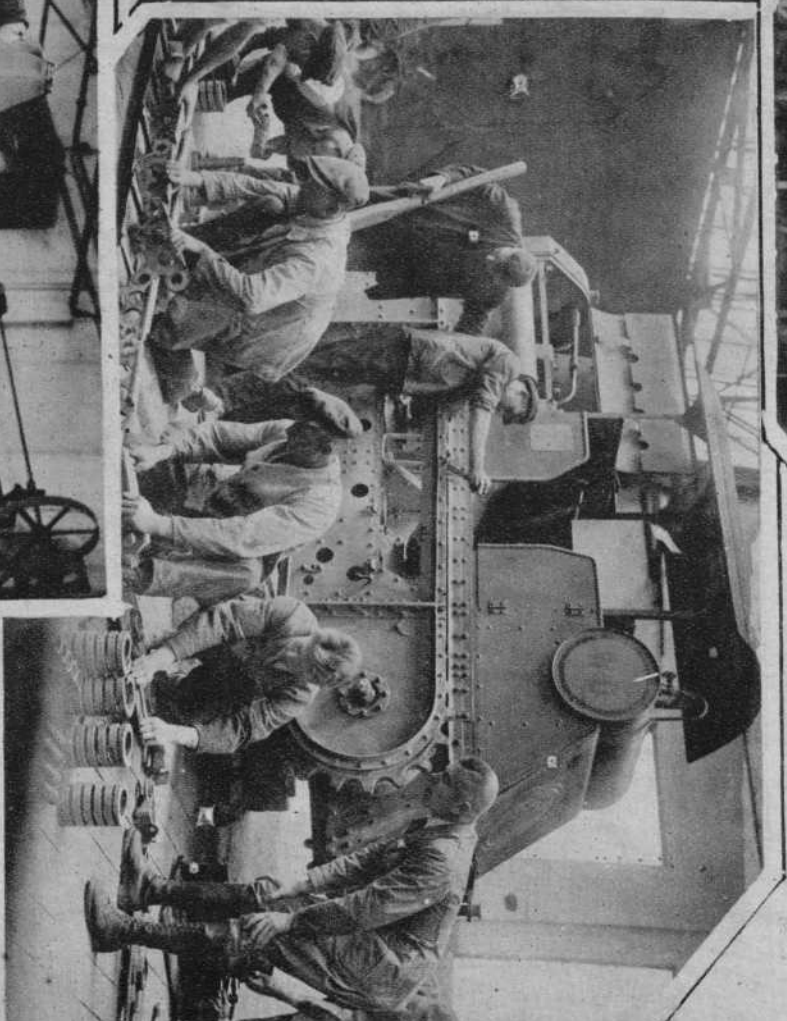
LA ENSEÑANZA AGRICOLA
LA EN ALEMANIA

Existe en Zeesen, cerca de Berlín, una escuela para los agricultores que desean aprender a conducir un tractor.



Enseñanza técnica del motor.

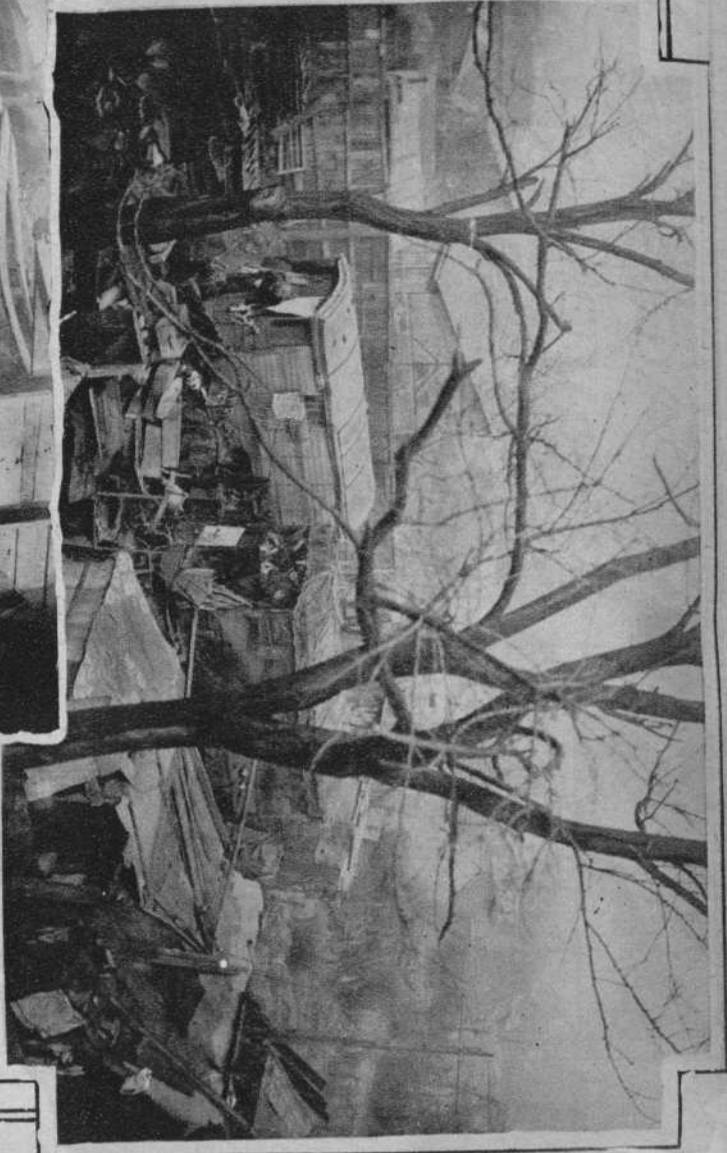
Montaje de la cadena de un tractor.



Trabajos de reparación hechos por los alumnos.

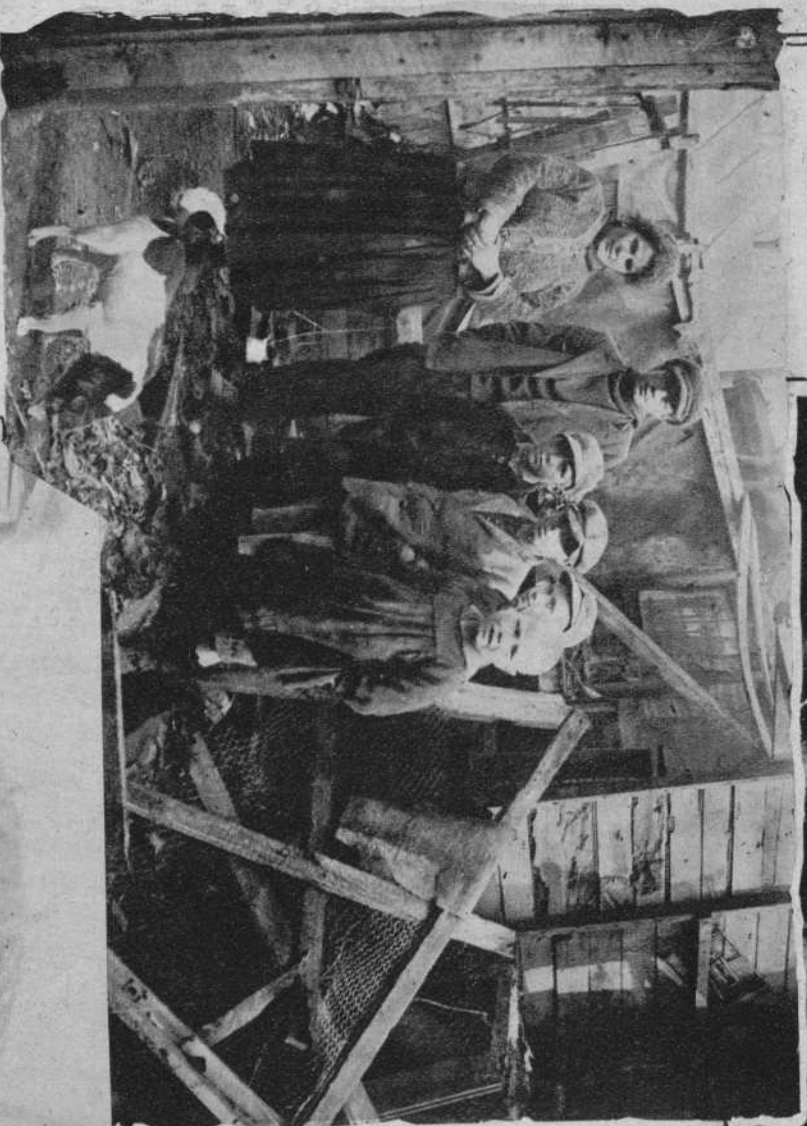
Fotos Consorcio

No todo son esplendores en París. En sus afueras, barracas de barracas sucias y antihigiénicas albergan a los desheredados de la fortuna.



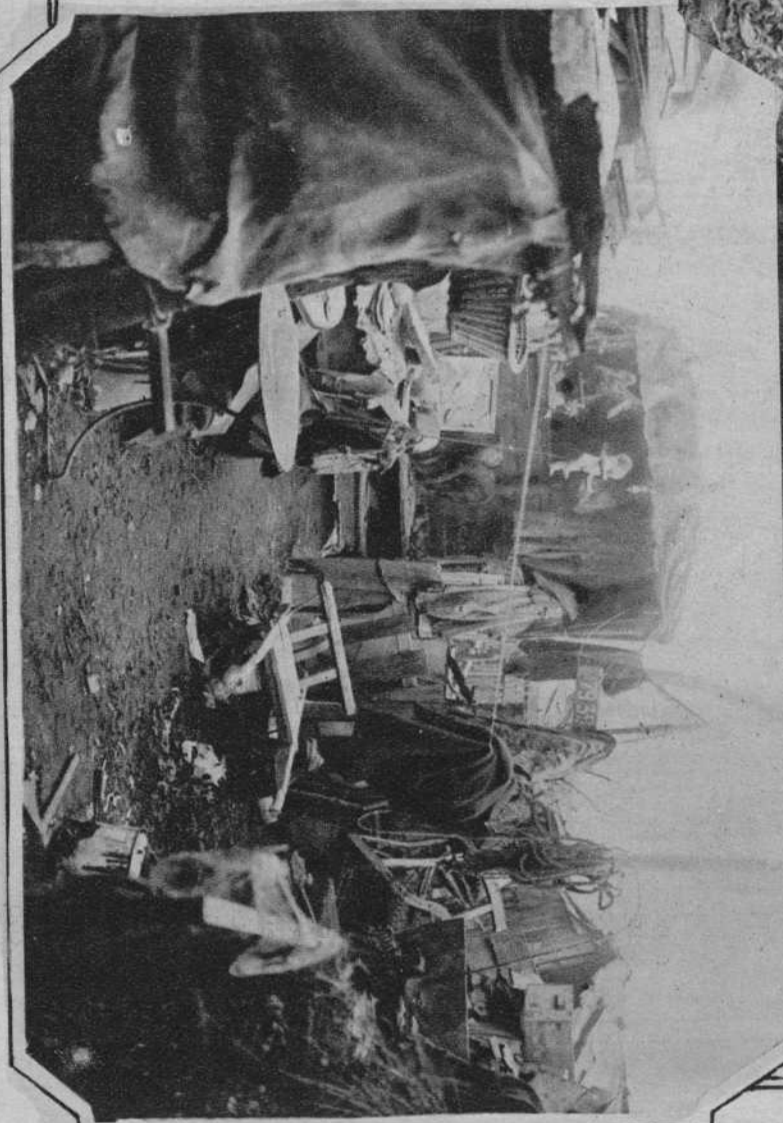
Una misera barraca.

Los inquilinos de una barraca.



El almacén de un trapero.

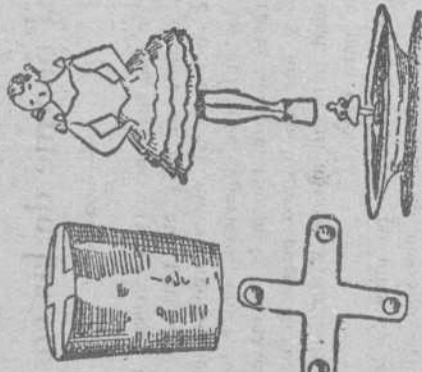
Fotos Consorcio



Una pequeña bailarina

Este entretenimiento es muy sencillo de hacer: y hacen falta muy pocos utensilios. Buscar la manera de adquirir en cualquier droguería un terroncito de alcanfor, coged una tarjeta de visita y pedid a mamá un tapón de corcho anchito.

Una vez que lo tenéis todo, recortad una vitarina por el estilo de la que os he dibujado, con una tijera y con la cartulina de visita. Después haced en la parte ancha del corcho una cruz como ya os lo indico en



el dibujo, y con un cortaplumas recortadla, o más fácilmente, cortar primero una rueda del corcho, como quien corta longanizas, y luego formar una cruz, redondeando las puntas. Después partid cuatro pedacitos de alcanfor, del mismo tamaño todos, y fijadlos a los extremos de la cruz, como el dibujo indica, con una gota de cera.

La bailarina la pegáis en el centro de la cruz y en un plato lleno de agua completamente limpia, colocáis el aparatito así construido.

Pronto veréis que la bailarina se vuelve loca dando vueltas y no lo dejará hasta que dure el alcanfor.

Para que funcione bien, tiene que tener la jofaina o plato, el agua muy limpia, sin

—Aunque tuviese cien veces más cola de la que tengo y hubiese de arrastrarla instantemente por entre el barro y las malezas, no te daría el pedazo de cola que te hace falta.

No debemos imitar a la zorra; por el contrario, aunque pocos lo hagan, debemos dar a los menesterosos lo que nos sobra.



—No quiero jugar contigo.

—¿Por qué?

—Porque vas con los bolsillos llenos de piedras.

FABULAS de ESOPHO

La serpiente y la lima

Una serpiente entró en el taller de cerrajero y se puso a roer una lima, tomándola por cosa comestible:

Viendo su ignorancia, la lima le dijo:

—¿Qué estúpida eres! ¿No ves que tus dientes no pueden desmenuzar lo que pulveriza el hierro?

No deben los débiles luchar contra los poderosos, porque indudablemente serán vencidos por ellos.

La mona y la zorra

Cierta mona rogaba a una zorra amiga suya que, puesto que tenía una cola tan larga, le diese un pedazo de ella para cubrirse las nalgas.

—¿No ves, amigo—le decía para convenecerla—, que tu cola es demasiado larga, mientras yo no tengo la que necesitaría tener?

Riéndose a carcajadas, la zorra le contestó:



—Pobre canario, nadie se acuerda de renovar el aire de la jaula.

Amad a los árboles

Conviene de cuando en cuando recordar lo mucho que debemos a los árboles y la obligación en que nos encontramos de respetarlos como pago a sus servicios.

Sobre todo, vosotros los niños, debéis sentir cariño por estos amiguitos vuestros y no dañarlos nunca, sino por el contrario, favorecer su desarrollo.

Hay niños que, quizá por ignorancia, perjudican a los árboles, dañando su corteza con un cortaplumas, un vidrio u otro cualquier objeto cortante. Por esa herida, el árbol pierde savia y además las consecuencias del frío y del calor.

Si el árbol es joven y se sacude su tronco con violencia, se desarraiga, resintiéndose sus raíces y perjudicando su natural sistema de alimentación.

Pensad siempre que vayáis a hacer daño a un árbol en que algún día puede seros útil, en que tal vez, no después de muchos días, podéis pasar por aquel mismo sitio en el momento en que el sol os abraza, y sus ramas pueden cobijaros amorosamente dándoos la sombra que vuestro cuerpo necesitáis, y proporcionándoos un reparador descanso, quizá de suma importancia para vuestra salud.

Si véis durante vuestro paseo a algún niño que trata de hacer daño a algún árbol, tratad de convencerle de que no debe proceder así. Con ello realizaréis una obra digna de los mayores elogios.

Los niños deben ser buenos amigos de los árboles.

COSAS DE CHICOS



EL CUENTO DEL DOMINGO

El miope que perdió los lentes



por
A FERNANDEZ ESCOBÉS

(Dibujos BOSCH)

Don Casimiro Guayta, culto profesor de Historia, de un Instituto provinciano, se levantó aquel día con un fuerte mal sabor de boca. En su paladar notaba algo pastoso que emblanquecía su lengua.

Con cierta pereza inacostumbrada, se arrojó del lecho, lentamente; primero un pie; luego el otro y, finalmente, todo él. Preparó el agua, frotándose con fruición el rostro, los ojos, el cuello, las manos y los brazos. Seguidamente, buscó tubo de pasta dentífrica, entre varios tarros que se agrupaban en la repisa del lavabo. Pero no lo encontró.

Un poco enfadado revolvió nerviosamente los potes y los tarritos, nuevamente; luego entre los blancos pañuelos; más tarde, entre los cuepillos manchados con almidón. Cansado de esta búsqueda inútil, fué a sobre sus lentes, que siempre dejaba sobre el estante de la mesilla de noche.

No desaparecía el mal sabor bucal, a pesar de haber saboreado una pastilla de goma a la menta. Mientras se dirigía en busca de sus lentes, preciosos cristales para sus ojos miopes, recordaba vagamente la causa de aquel mal sabor de boca: juntamente con otros compañeros de claustro, cenó en un restaurante, en el único restaurante de la población, para festejar su reciente triunfo: la Real Academia de la Historia le había premiado con un segundo accésit su voluminoso estudio: «Pequeños comentarios a la actuación de Wamba, durante sus años de pastoreo». Don Casimiro Guayta, por lo visto, debió de discursar lindamente durante largo tiempo y, además, por qué no se ha de decir la verdad histórica, acaso abusar

un poco de ese vino infernal y burión, de gracioso cosquilleo nasal, llamado Champagne. De lo que sucedió más tarde, no estaba muy seguro don Casimiro... y acaso valía más que no lo estuviese.

—¡Carabao!—dijo de pronto el culto historiador—¡Tampoco están mis lentes!

Rebuscó afanosamente, y nada. Primero entre sus cachivaches en el cajoncito de la mesilla, luego en el lavabo, más tarde en todos los bolsillos de sus dos trajes, por último en las estanterías de su biblioteca. Nada, los lentes, habían desaparecido, igual que la pasta dentífrica.

Era la primera vez que le sucedía tal acontecimiento; desde sus años de estudiante, ni un sólo día dejó de cabalgar sus lentes sobre la noble nariz borbónica, de amplias alas, dando vista a dos ojos hundidos y minúsculos que parecían dos puntos en su cara alargada y barbilampiña. Aquellos dos discos transparentes, que reconcentraban las líneas y empujaban los objetos, eran sus inseparables compañeros; don Casimiro dudaba de cuál de las cosas fueran más de su rostro, si los ojos reducidos o los lentes, padecía cuya montura (y no para otra cosa) poseía providencialmente su borbónico apéndice.

Fué, pues, grande su desconsuelo al no topar (ya que andaba casi a ciegas) con los lentes perdidos. Pero como se acercaba la hora de dar un paseo y no quería faltar a ella, se dirigió al Instituto, semiciego, con un fuerte sobresalto, como si presintiera algún acontecimiento.

¡Qué curiosos fenómenos danzaron entonces ante la visión defectuosa de sus ojos!

Al siguiente día don Casimiro Guayta madrugó con objeto de ad-

¡Ah, qué revolución intestinal se operó en su magín!

Cuando llegó a clase, explicó a sus alumnos, en vez de la lección fijada—«Consecuencias de la muerte por una teja, de Enrique IV de Navarra—la teoría de la relatividad, de Einstein y el proceso de las nebulosas atmosféricas, en sus relaciones con el hombre primitivo.

quirir otros lentos. Sus ojos lagri- meaban continuamente y, aun a cos- ta de perder su nueva apreciación de los seres y los objetos, quería comprar otros cristales.

Pero tuvo un encuentro providen- cial, en el momento en que iba a penetrar en el establecimiento de óptica.

Una mujer se atravesó en su ca- mino.

¡Curioso fenómeno! Don Casimiro apareció en aquella mujer bellas que antes no distinguiera. En su condición de cético, jamás sintió ha- cía la mujer ese irresistible impul- so que ha llenado de versos la Poesía y de óperas la Música; esa ley de afinidades dispares que es el amor. Vivía con su ama de llaves, una vieja sirviente, que fué su no- driza en los años de su infancia, y su vida transcurrió en medio de un ejemplo retró del mundo. Fuera de sus clases y de algunos paseos me- ditativos, para don Casimiro Guay- ta no existía otra cosa que el mun- do muerto de la Historia. Lo actual carecía de importancia, desde el in- stante que no podía ser histórico, de momento.

El caso es que aquella mujer ejer- cío sobre el culto catedrático de Historia, una atracción jamás senti- da. Impulsivamente, abandonó la puerta del establecimiento de óptica, siguió los pasos de la mujercita notando como ella, al saberse per- seguida, apretaba su andar y se mo- vía con balanceo de lancha pesque- ra. Caminaron así un buen trecho, hasta que de súbito, la mujercita per- seguida, se volvió hacia don Casimi- ro y le dijo, entre ruborosa y sobre- saltada:

—Por favor: no me siga más: pueden verme y me compromete- rían...

Don Casimiro se detuvo ante aquel jalón inesperado. Ella prosi- guió entrecortada:

—Podemos vernos mañana, si us- ted quiere: voy a San Francisco, a misa de ocho.

Y se alejó con un paso rápido de paloma.

Don Casimiro sintió que todo su cuerpo se estremecía de felicidad ante aquella promesa. Durante unos segundos, quedóse clavado en el si- tío, saboreando con fruición aque- llas palabras. Después, echó mano a su reloj y vió, con sobresalto, que era ya hora de abrir su clase. Rá- pidamente se dirigió al Instituto, donde los alumnos gozaban de aquel insospechado retraso.

Cuando pasó lista de asistencia, don Casimiro notó la falta de algu- nos alumnos. Otras veces ponía a los que no entraban a clase una fa- lida señal que sumada a otras nue- ve, equivalía a la suspensión hasta septiembre del alumno desertor. Pe- ro hoy no puso faltas. Sin saber por

qué, sintió una profunda envidia de aquellos estudiantes que, más felices que él, podían «fumarse» la clase. El, también, de buena gana, se ha- bría «fumado» aquella mañana su clase para rondar por bajo los bal- cones de aquella mujercita encontra- da de pronto!

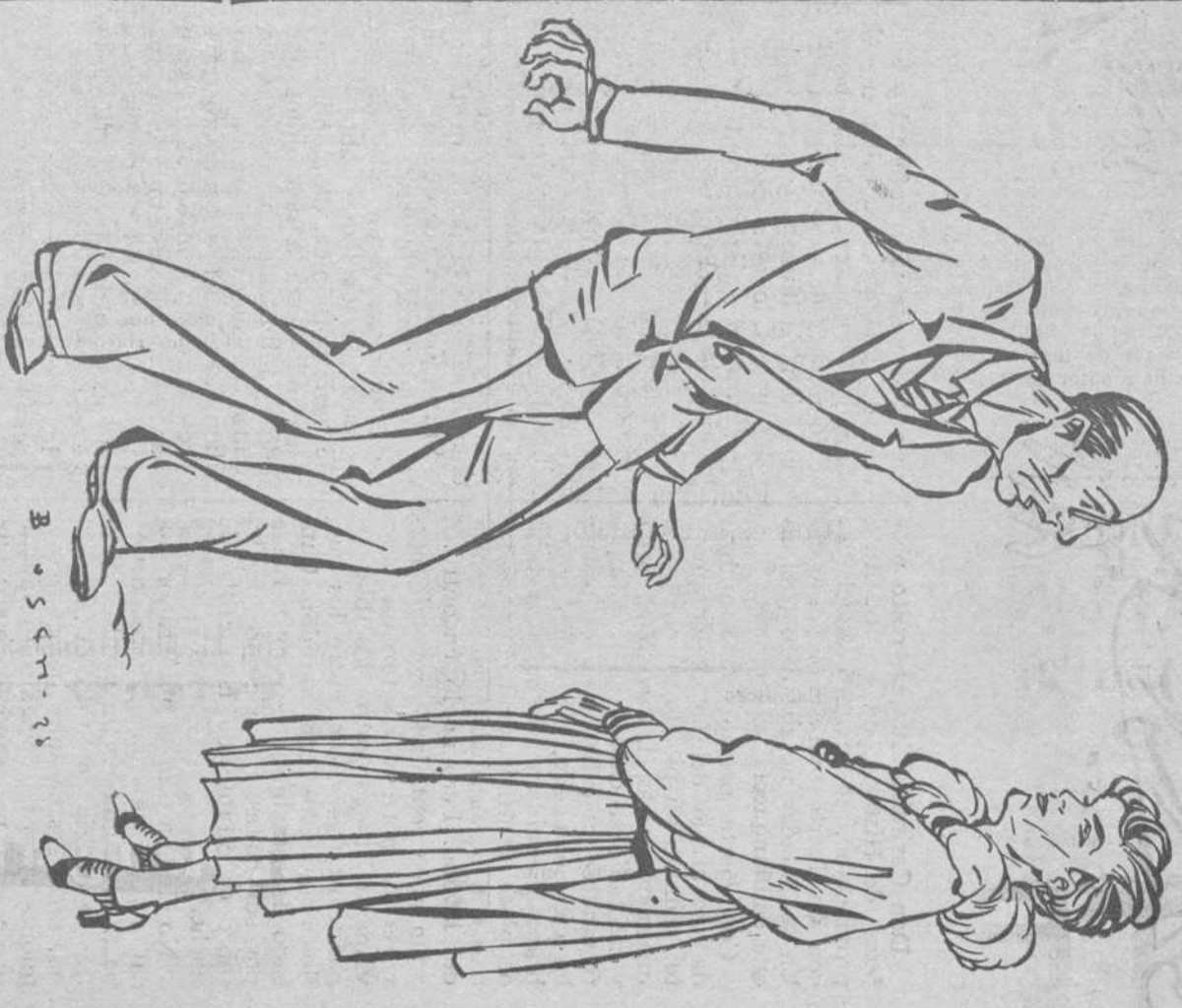
**

Por la tarde, abandonó sus estu- dios y sus viejas lecciones del pa- sado, para rondar como un catede- la casa de su amada.

No se había comprado los lentos

rige lo mismo los destinos de los pueblos en el panorama de la his- toria, que los de las personas en el campo de la familia; le habló de las costumbres salvajes de las razas de Castañ y Cro-Magnon; de la poéti- ca durante el reinado de Abderra- man I y de lo desesperadas que de- bían de ser las horas de ausencia para aquellos enamorados que se veían precisados a escribir sus car- tas en escritura cuneiforme.

Ella le escuchaba embobada; pero de vez en cuando, interrumpía la con- versación de su galán para nararle



aún, y las cosas seguían aparecien- dole horrosas, llenas de un encanto irresistible, limitadas por respalan- dos.

Al cabo de algunos paseos, disi- mulados con cierto aire distraído, sa- ludándole con una inclinación de ca- beza. La siguió el culto catedrático de Historia. Al volver la esquina, se saludaron y marcharon ya juntos.

Fué, para ambos, un paso involun- tario. Don Casimiro habló a su acompañante, de la Providencia, que



Curiosidades zoológicas

Los zorros olfatean la presencia del hom- bre desde medio quilómetro de distancia, siempre que el aire sea favorable.

La ostra es uno de los seres más fuerza- dos del mundo. La fuerza necesaria para abriría equivale a más de novecientos ve- su peso. Las chirlas y las almejas, aunque cuesta trabajo abrirías, no tienen tanta fuer- za como las anteriores.

El cangrejo es un animal que aunque ve, no huele.

La marcha ondulante del ciempiés se de- be a que sus patas se mueven por grupos; cada movimiento comprende un número constante de patas.

Uno de los barcos que se dedican a la pesca, suale llevar hasta ocho millas de cuerda, en la cual van 4,600 o 4,700 anan- los, en todos los cuales hay que poner cebo.

Las liebres son muy buenas nadadoras; por el contrario, los conejos, no saben na- dar.



No hagas tanto ruido, hermano, que pa- pa está estudiando.

El porque de las cosas

¿Por qué tenemos años?—Precisa recor- dar, cuando se pregunta para qué sirve tal o cual cosa de nuestro cuerpo, que to- dos los animales superiores, entre los que figura el hombre, tienen la misma estruc- tura y que un órgano puede tener poca utilidad para un animal y ser muy nece- sario para otro.

Aunque parece que las uñas de las ma- nos y de los pies no nos son útiles, es fácil comprender que estas son indispen- sables a los animales que hacen cuevas y también a los que se defienden con sus garras, pues, de lo contrario, en vez de huir de ellos, por temor a sus zarpazos, nos acercaríamos sin miedo, puesto que, no temidos, no podrían clavarnos las uñas.

Las uñas son más útiles de lo que ge- neralmente se cree. Sirven, principalmente, para hacer más dura la extremidad de los dedos, y gracias a ellas podemos coger los objetos pequeños, lo que nos sería suma- mente difícil si no tuviéramos uñas.

Muchos pájaros azules de América se tor- nan blancos cuando se mojan, pero al se- carse vuelven a recuperar su color primi- tivo.

Además de la celebrísima serpiente de mar, tenemos ya la de dos cabezas, y lo más extraño es que el dicho animalito unas veces toma la forma de una Y; otras de una T y otras que no se pueden describir de rasas que son. Esta serpiente de dos ca- bezas vive en las costas africanas.

El caracol.—Es un animal feliz. Nunca piensa en pagar la casa, puesto que sien- pre la lleva encima.

La pillita.—Le gusta la lectura. Se pa- sa la vida entre libros.

El pavo.—Serio, ceremonioso, no se mete con nadie.

La mosca.—Todo lo contra fisgonea, en todo se mete, todo huele y siempre está de intrusa.

El loro.—Ha estudiado por sistema an- tiguos; todo lo sabe de memoria.

La zebra.—Un burro en camiseta.

El alceán.—Es un médico que pre- scribe yeciones.



Novísimo procedimiento empleado por Kogella para sacudir las atmósferas